

## Los obispos y el nacionalismo

### RECIENTES

*intervenciones de algunos obispos de Cataluña y Euskadi nos dan pie a una reflexión sobre las relaciones entre la Iglesia y los nacionalismos históricos en el interior del Estado español. Quiere ser una reflexión nacida desde el aprecio por las personas y desde el respeto por la sensibilidad particular que está en la base de sus actuaciones.*

*Pero, sobre todo, quiere ser una reflexión cimentada en la conciencia responsable de hombres de Iglesia que se dirigen a otros miembros de la Iglesia, y lo hacen en el contexto de Iglesia y teniendo en su punto de mira la Iglesia, el amor a la Iglesia, el sentido de Iglesia y la amplitud universal (en lo posible) de la Iglesia de Cristo. Porque desde otro enfoque cualquiera no tendrían probablemente estas líneas tanto sentido.*

*La pregunta que nos hacemos es: ¿Cómo interpretar, desde una visión eclesial que no quiera ser excluyente de nadie, la hoja parroquial de los cuatro Obispados catalanes (parcialmente retractada después) solicitando a todos sus fieles que aprendan el catalán, «como nosotros tuvimos que aprender antes el castellano»? ¿O la petición (por otra parte, denegada por el Nuncio, sin permitir*

*ningún tipo de discusión abierta sobre ella) de la constitución de una Provincia Eclesiástica vasca?*

*¿Qué sensibilidades se están favoreciendo, y cuáles conculcando, con estas tomas de postura? ¿Desde qué autocomprensión de su misión pastoral se está actuando? ¿Puede confesar públicamente un obispo (como ha hecho claramente al menos uno, ya dimisionario): «soy catalán nacionalista»? ¿No hay incompatibilidad ni inconveniencia alguna entre esta afirmación pública y su misión pastoral? ¿Es más fiel a su diócesis un obispo cuando es aceptado públicamente como «uno de los nuestros» por un determinado partido político nacionalista que cuando antes era tratado por el mismo partido como «un tal Blázquez»?*

*Comprendemos que no es fácil tratar racionalmente estos temas, cuando están en juego tantas (y a veces sólo) sensibilidades. Con todo, ésta es la característica y la limitación del nacionalismo moderno.*

### **Los presupuestos alimentados por los nacionalismos**

**LOS** movimientos nacionalistas modernos suelen mostrarse con un rostro ofendido y tienen un carácter expresamente reivindicativo. Dan la sensación de que necesitan, para subsistir, la voluntad de no olvidarse de un agravio aún no satisfecho, contra el que se constituyen en reacción «justiciera». Para encontrar dicho agravio no tienen inconveniente en retrotraerse, sin muchas explicaciones históricas, a sucesos tan alejados en el tiempo como «el genocidio» de Felipe V para los catalanes, o la batalla de Almansa para los valencianos, o la prohibición de las **ikastolas** por parte del régimen de Franco para los **abertzales**. Todo parece valer, con tal que cumpla eficazmente su misión activadora y actualizadora de una sensibilidad herida que «no puede perdonar».

*De ahí que los nacionalismos contengan, desde sus mismos presupuestos, alguna dosis de intolerancia y xenofobia. Bien es verdad que, en las sociedades pluralistas modernas, este nivel de intolerancia está normalmente controlado, y por eso son movimientos legítimos y pueden ser democráticos. Pero como la sensibilidad afectada de intolerancia sigue latente, ésta puede saltar (y de hecho, salta) en cualquier momento. El que juega con fuego sabe que, cuando menos lo espera, es bastante probable quemarse.*

**TODAVÍA** más: el nacionalismo necesita ser presentado permanentemente como «un débil que está defendiéndose de un fuerte», porque así legitima, sin culpabilidades, sus posibles reacciones agresivas. Es la misma justificación recurrente de toda revolución (aunque sea reaccionaria) y de todo terrorismo. No es infrecuente que los gérmenes de este planteamiento a la larga terminen configurándose en algo parecido al «síndrome del holocausto», que permite a los Gobiernos israelíes oprimir (sin lecciones de misericordia aprendidas) al pueblo palestino. La complacencia en mirarse como víctimas impide reconocerse, casi inmediatamente después, en el papel de verdugos.

*Last but not least*, el planteamiento nacionalista moderno exige para sí la aplicación de la máxima evangélica: «quien no está conmigo está contra mí», ahora traducida así: «el que no es nacionalista, es que es antinacionalista». No se admite un **tertium quid**, porque la misma realidad de una opción limpia «no nacionalista» cuestionaría de raíz la unilateralidad de sus presupuestos: «¿cómo puede alguien no vivir permanentemente ofendido por un agravio tan grande, que aún no está reparado?» El nacionalista siempre afirma (por supuesto, sin ningún sentido del humor, tan en las antípodas de todo fanatismo) que el «no nacionalismo» no existe o es mendaz.

## *El nacionalismo de los eclesiásticos*

**BASTANTES** intelectuales vascos cristianos resaltan sin ambages y con firmeza «la clara incompatibilidad entre la cosmovisión cristiana y la cosmovisión nacionalista radical». Los aspectos de intolerancia y xenofobia presentes en el nacionalismo (aunque sea de un modo latente) y el sentimiento de «agravio imperdonable», que tan a menudo fomenta éste y justifica así sus actuaciones excluyentes, parecen reforzar su incompatibilidad con el universalismo y el perdón cristianos. ¿Cómo se explica entonces la presencia de tanto nacionalismo eclesiástico?

*El tema pediría un estudio más riguroso para descubrir sus causas y explicar por qué ha sido, y es, tan frecuente en el caso español. Por el momento basta constatar el hecho en sí, su presencia y profusión en casi todas las nacionalidades que reconoce el Estado, y el condicionamiento desmedido (y en no pocas ocasiones, obsesivo) de este factor sobre la sensibilidad de tantos clérigos.*

*Algunas aberraciones han llegado a ser realmente tragicómicas. Para algunos ministros de la Eucaristía y de la Palabra, en efecto, parece que es más irrenunciable el «derecho» a utilizar en la liturgia una determinada lengua (y no aceptar otra) que el deseo de lograr transmitir, y dar a entender a todos, el contenido mismo de su predicación. En otros casos (como en el del obispo emérito antes citado), se considera con toda ingenuidad que «es un deber pastoral de los Obispos el ayudar a clarificar el tema de la identidad nacional catalana», y se encuentra apoyo para ello en documentos eclesiales referidos a contextos tan diferentes como el polaco o el estonio de la última década. Una sensibilidad herida, ciertamente, no capta matices.*

*Sin embargo, los obispos y los clérigos saben muy bien que, desde el Concilio Vaticano II, han sido repetida y*

*claramente instados a alejarse personalmente del compromiso político directo, precisamente para poder atender con todo cuidado a la plural sensibilidad de su grey. La falacia está en creer, con la mejor buena voluntad del mundo, que el nacionalismo es tan político como el antinacionalismo (lo cuál es cierto) y como el no nacionalismo (lo cuál es falso); que el nacionalismo no es anticristiano mientras condene simultáneamente la intolerancia que fomenta; y que la sensibilidad de sus fieles en este tema es única y monocorde, tal como los partidos políticos nacionalistas tienen empeño, frente a todos los datos objetivos, en hacer creer.*

### ***La voz de las Iglesias euskalduna y catalana***

*A la vista de todo lo dicho creemos que es factible aportar algunos elementos de reflexión tras las intervenciones episcopales a las que estamos haciendo referencia.*

*Desde los partidos políticos nacionalistas (que representan algo menos del 47 por 100 de los votantes de Euskadi y, por tanto, sólo el 34 por 100 escaso de su censo electoral), la constitución de una Provincia Eclesiástica euskalduna significaría algún tipo de apoyo eclesial (aunque indirecto y probablemente no pretendido) a su política de ambigüedad calculada en torno a la autodeterminación.*

*Es verdad que la sensibilidad **abertzale** agradecería el reconocimiento y la comprensión de sus «heridas históricas» («en Madrid no nos comprenden»), pero también es verdad que no por eso probablemente la olvidaría, puesto que el nacionalismo parece necesitar para subsistir que «la ofensa» no quede nunca reparada y que el desagravio jamás consiga realmente la catarsis.*

*Para la otra mitad no nacionalista de la feligresía de Euskadi (el 53 por 100 de los votantes) y para el resto de*

la comunidad cristiana del Estado español, a la que también deben «prestar su solicitud» los obispos de Euskadi, aunque «no ejerciten sobre ellos acto alguno de jurisdicción» (*Lumen gentium*, n.º 23), ¿cómo justificarles esta no atención a su sensibilidad? ¿No hay lugar para una idéntica solicitud pastoral sobre los fieles vascos o **maketos** que dicen: «Vitoria no nos comprende»? ¿Podría no relacionarse hoy cualquier medida simbólicamente segregacionista con la política de los partidos nacionalistas vascos?

**EN** el caso de Cataluña (donde afortunadamente el *seny* se nota, aunque por desgracia también se echa a veces de menos alguna capacidad para saber reírse con humor de sí mismos), es normal que los partidos políticos nacionalistas necesiten administrar, de vez en cuando, una prudente dosis de torpedeamiento (en favor del catalán) contra la serena convivencia establecida constitucionalmente para las dos lenguas.

Pero, sea cual fuere la sensibilidad personal de los firmantes de la referida hoja parroquial, ¿cómo justificar pastoralmente su apoyo sesgado a la política de unos partidos que en conjunto representan sólo un escaso 42 por 100 de los votantes de Cataluña (un 32 por 100 del censo electoral), si bien gustan de presentarse a sí mismos como los auténticos representantes del «alma catalana»? ¿Es que son «menos catalanes» el 58 por 100 restante de votantes de Cataluña?

Del obispo se espera que represente y refleje, con solicitud pastoral, la voz cristiana completa de la grey que tiene encomendada. Difícilmente podrá hacerlo si no respeta, sin herirlas, todas las sensibilidades presentes en su diócesis. La historia reciente (como la antigua) recuerda actuaciones heroicas de Prelados que no fueron comprendidas en su día y, sin embargo, al correr de los tiempos llegaron a ser valoradas y admiradas.

Cuando, en 1937, el cardenal Vidal i Barraquer y el obispo Múgica se negaron a firmar la Carta Colectiva,

*que el cardenal Gomá y sus compañeros en el episcopado habían preparado para apoyar políticamente a uno de los bandos contendientes en la Guerra Civil, es cierto que su actuación no fue comprendida por muchos. Pero su razón pastoral era obvia: ambos tenían feligreses (y buenos cristianos) en los dos lados de la contienda. En tales circunstancias, ¿cómo podían tomar partido o manifestarse en favor de una de las dos mitades de su diócesis, sin herir profundamente la sensibilidad de la otra?*

***PROBABLEMENTE**, la búsqueda de la paz y la concordia demande hoy de las Iglesias euskalduna y catalana actuaciones igualmente universales y no nacionalistas.*